

por lo menos con tres días de anticipación al del grado. El secretario se encargará de repartir sendos ejemplares a los señores miembros del jurado examinador.

Dado en Bogotá, a los doce días del mes de septiembre de mil novecientos veinticinco.

R. M. CARRASQUILLA, JENARO JIMENEZ, POM-
PONIO GUZMAN, MIGUEL ABADIA MENDEZ, MANUEL
JOSE BARON.—*Ernesto Merizalde Durán*, Secretario.

LA FIESTA DEL ROSARIO

Así como cada día estamos recibiendo nuevos favores y nuevos beneficios de la Santísima Virgen, así también tiene cuidado la santa Iglesia de manifestarle nuestro debido reconocimiento, instituyendo nuevas solemnidades, pretendiendo excitar y aumentar todos los días la tierna devoción de los fieles con fiestas particulares. El motivo o la ocasión de la solemnidad de este día fue uno de los más señalados favores que recibió la cristiandad por la poderosa intercesión de la Madre de Dios, a tiempo que los turcos, orgullosos con las grandes conquistas que hacían cada día sobre los cristianos, nada menos se prometían que apoderarse de toda la Europa, y enarbolar su media luna sobre la cúpula de la iglesia de san Pedro en la capital del mundo cristiano.

Hacia más de un siglo que los turcos tenían llena de terror a toda la cristiandad por una continua serie de victorias que les permitía Dios, ya para castigar los pecados de los cristianos, ya para volver a excitar en sus fríos corazones la medio apagada fe. El año de 1521 se apoderó Soliman II de la plaza de Belgrado; el de

1522 se hizo dueño de la isla de Rodas; y pensando ya únicamente en dilatar sus conquistas hasta donde se extendía su ambición, entró en Hungría el año de 1526; ganó la batalla de Mohaes; apoderóse de Buda, de Pest, de Gran y de algunas otras plazas; penetró hasta Viena de Austria; tomó y saqueó a Tauris; y por medio de sus generales rindió con las armas otras provincias de Europa. Su hijo y sucesor Selim II conquistó la isla de Chipre el año de 1571; puso en el mar la más numerosa y la más formidable armada que había visto aquel monstruo sobre sus espaldas, lisonjeándose de hacerse dueño con ella no menos que de toda la Italia. Atónita una gran parte de la cristiandad, consideró que dependía su fortuna de la dudosa suerte de una batalla. Era muy inferior la armada naval de los cristianos a la de los turcos, y no podía prometerse la victoria sino precisamente con la asistencia del cielo. Consiguieronla por intercesión de la Santísima Virgen, bajo cuya protección había puesto la armada el santo pontífice san Pío V. Diose esta memorable batalla, la más célebre que los cristianos habían ganado en el mar, el día 7 de octubre del año de 1571.

Estaban los turcos ancorados en Lepanto, cuando tuvieron aviso de que los cristianos, saliendo del puerto de Corfú, venían a echarse a velas tendidas sobre ellos. Tenían tan bajo concepto de la armada cristiana, que nunca creyeron tuviese atrevimiento a presentarles el combate. Sabían a punto fijo el número de navíos de que se componía; pero ignoraban que venían a pelear bajo la protección de la Santísima Virgen, en quien, después de Dios, tenían colocada toda su confianza; y por eso quedaron extrañamente sorprendidos cuando fueron informados de que la armada naval de los cristianos había ganado ya la altura de la isla de Cefalo-

nia. Acostumbrados los turcos después de tanto tiempo a vencer y a derrotar los cristianos, celebraron su intrépida cercanía como presagio seguro de una completa victoria. Superiores en tropas y en navíos, levantaron áncoras para cerrarles el paso con ánimo de cortarlos y de envolverlos; de manera que ni uno sólo escapase para llevar la noticia de su rota. Apenas se dejó ver la armada otomana, mandada por Alí Bajá, cuando la armada cristiana, que con título de generalísimo mandaba el señor don Juan de Austria, hermano de Felipe II, rey de España, juntamente con Marco Antonio Colona, general de la escuadra pontificia, levantando un esforzado grito, invocó la intercesión de la Santísima Virgen, su soberana protectora.

Hallábanse las dos armadas a distancia de doce millas cuando se dio la señal de combatir y se enarboló el estandarte que los dos comandantes habían recibido en Nápoles de parte de su Santidad. Apenas se descubrió la imagen de Cristo crucificado que estaba bordada en el estandarte pontificio, cuando le saludó toda la armada con grandes gritos de alegría; y haciendo señal a la oración, todos los oficiales y todos los soldados adoraron de rodillas la imagen del crucifijo: espectáculo verdaderamente tierno y religioso ver al oficial y al soldado armados para pelear a los pies de Jesucristo, implorando su asistencia para vencer a los infieles por intercesión de su Madre la Santísima Virgen, cuya imagen se venaraba a bordo de todas las embarcaciones. Entre tanto, se iban acercando las dos armadas, favorecida del viento la escuadra turca, circunstancia que daba mucho cuerpo al sobresalto y al temor. Volviéronse entonces con mayor fervor los cristianos a la soberana Reina, bajo cuyos auspicios iban a combatir, y cambiándose el viento de repente, co-

menzó a soplarles de popa con tanta dicha, que todo el humo de la artillería cargaba sobre la escuadra otomana; mudanza que todos calificaron de milagrosa, recibéndola como visible prueba de la asistencia del cielo. Halláronse a tiro de cañón las dos armadas el día 7 de octubre, y se hizo tan terrible fuego de una y otra parte, que por largo espacio de tiempo quedó el aire oscurecido con la densidad del humo. Tres horas había durado ya el obstinado combate con empeñado valor, y con casi igual ventaja de unos y otros combatientes, cuando los cristianos, más confiados en la protección del cielo, que en los esfuerzos de su corazón y de su brazo, observaron que los turcos comenzaban a ceder, y que se iban retirando hacia la costa. Redoblando entonces su confianza y su ardimiento nuestros generales, hicieron nuevo fuego sobre la capitana turca; mataron a Alí Bajá, abordaron su galera y arrancaron el estandarte. Mandó a este tiempo don Juan de Austria que todos gritasen *victoria*, y ya desde entonces, dejando de ser combate, comenzó a ser horrible carnicería en los infelices turcos, que se dejaban degollar sin resistencia. Treinta mil hombres perdieron éstos en aquella célebre batalla, una de las más sangrientas para ellos que jamás habían conocido desde la fundación del imperio otomano. Hicieron los cristianos cinco mil prisioneros, entre los cuales fueron dos hijos de Alí, y se hicieron dueños de ciento y treinta galeras turcas; más de otras noventa perecieron o dando a la costa, o yendose a fondo, o consumidas por el fuego; cobraron libertad por esta insigne victoria casi veinte mil cristianos, y en la armada de éstos faltó tan poca gente que todo el orbe reconoció visiblemente la asistencia del cielo, y aclamó el portentoso milagro. Consternose tanto toda la ciudad de

Constantinopla, como si ya estuviera el enemigo a la puerta, y los turcos daban a guardar sus tesoros a los cristianos, suplicándoles que, cuando se hiciesen dueños de la ciudad y del imperio, les perdonasen las vidas y los tratasen con piedad.

Tuvo revelación de la victoria el santo pontífice Pío V en el mismo punto que fueron derrotados los turcos; tan firmemente persuadido de que había sido efecto de la particular protección de la Santísima Virgen, que instituyó esta fiesta con el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria*, como lo anuncia el martirologio romano por estos términos: *El mismo día 7 de octubre, la conmemoración de Nuestra Señora de la Victoria, fiesta que instituyó el santo Papa Pío V en acción de gracias por la gloriosa victoria que en este día consiguieron los cristianos de los turcos en una batalla naval por la particular protección de la Santísima Virgen.*

Para empeñar más particularmente la poderosa protección de esta Señora a favor de las armas cristianas en ocasión tan peligrosa, se había valido el santo pontífice de la devoción del santo Rosario, tan del agrado de la soberana Reina, y ya entonces muy antigua en la Iglesia de Dios, y por eso mandó que la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria fuese al mismo tiempo la solemnidad del santísimo Rosario. No menos convencido el papa Gregorio XIII de que la batalla de Lepanto, ganada contra los turcos, se debía a esta célebre devoción, ordenó, en reconocimiento a la Santísima Virgen, que perpetuamente se celebrase la solemnidad del Rosario el primer domingo de octubre en todas las iglesias donde se erigiese esta devotísima cofradía.

Es bien sabido que este método de orar se le debe al gran santo Domingo, que estableció esta admirable

devoción en consecuencia de una visión con que le favoreció la Santísima Virgen el año de 1208 al mismo tiempo que estaba predicando contra los errores de los albigenses. Hallábase un día el santo en fervorosa oración dentro de la capilla de Nuestra Señora de la Provilla, y apareciéndosele la Madre de misericordia, le dijo: que, habiendo sido la salutación angélica como el principio de la redención del género humano, era razón que lo fuese también de la conversión de los herejes y de la victoria contra los infieles; que por tanto, predicando la devoción del Rosario, que se compone de ciento cincuenta *Ave Marías*, como el salterio de ciento cincuenta salmos, experimentaría milagrosos sucesos en sus trabajos, y una continuada serie de victorias contra la herejía. Obedeció santo Domingo el soberano precepto; y en lugar de detenerse, como lo había hecho hasta entonces en disputas y en controversias, que por lo regular son de poco fruto, no hizo en adelante otra cosa que predicar las grandezas y excelencias de la Madre de Dios, explicando a los pueblos el mérito, las utilidades y el método práctico del santísimo Rosario. Luégo se palpó la excelencia de esta admirable devoción; siendo la mayor prueba de su maravillosa eficacia la conversión de más de cien mil herejes, y la mudanza de vida de un prodigioso número de pecadores atraídos a la verdadera penitencia, y arrancados de sus inveteradas costumbres. Esta fue, hablando en propiedad, la verdadera época de la devoción del santísimo Rosario y de su famosa cofradía, tan célebre en todo el mundo cristiano, autorizada por tantos sumos pontífices, con tantos y tan singulares privilegios, y considerada ya como dichosa señal de predestinación respecto de todos sus cofrades.

A la verdad, ¿qué devoción puede haber más grata

a los ojos de Dios, ni qué oración más eficaz para merecer la protección de la Santísima Virgen? *El Padre nuestro*, o la oración dominical, que en ella se repite tantas veces, nos la enseñó el mismo Jesucristo; la salutación angélica, que se reza ciento y cincuenta, se compone de las mismas palabras del ángel, y de las que pronunció santa Isabel cuando la Virgen la visitó; la oración que la acompaña es oración de la Iglesia. Compónese el rosario entero de quince dieces de *Ave Marias*, y de quince *Padre nuestros*. Los cinco primeros son de los cinco misterios gozosos, los cinco segundos de los dolorosos, y los cinco terceros de los gloriosos que fueron de tanto consuelo para la Santísima Virgen. Los misterios gozosos son la anunciación, la visitación, el nacimiento de Cristo, la purificación, y el niño Jesús perdido y hallado en el templo en medio de los doctores. Los misterios dolorosos son la oración del huerto, el paso de los azotes, la coronación de espinas, la cruz a cuestas y la crucifixión del Salvador en el monte Calvario. Los misterios gloriosos son la resurrección, y aparición a su santísima Madre, su ascensión, la venida del Espíritu Santo, la triunfante asunción de María en cuerpo y alma a los cielos, y su coronación en la gloria. Por la meditación de estos misterios es el rosario una de las más santas oraciones de la Iglesia, en que, yendo el corazón de acuerdo con las palabras, se tributa a Dios un perfecto culto de religión; y rindiéndose a María el tributo que se le debe, se le gana el corazón, y se la obliga a derramar sobre sus fieles siervos aquella abundancia de bendiciones y aquellos tesoros de gracias, cuya distribución tiene a su cargo.

P. JUAN CROISSET, S. J.